

**Juan Luis Gallardo**



**Comparancias  
y Sucedidos**



JUAN LUIS GALLARDO

# Comparancias y Sucedidos



Buenos Aires  
2000

## ADVERTENCIA

Aunque la mayoría de las comparancias y de los sucesos que forman del presente volumen son inéditos, varios de ellos aparecieron en el diario *La Prensa* —mientras escribí allí en tiempos de Máximo Gainza— y en la revista *Nueva Lectura*. En cuanto a la yapa, fue publicada en *Gladius*.

El Autor

Portada: *Atardecer en el campo*

Juan Antonio Ballester Peña

Interior: Ilustraciones del autor

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su tratamiento informático y la transmisión por cualquier forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

© EDICIONES VÓRTICE

ISBN N° 987-9222-06-7

Impreso en EDICIONES OESTE  
Luis María Campos 1592, Morón  
Buenos Aires, República Argentina

Septiembre del año del Señor 2000

*A Rosario mi mujer, española, este  
libro bien argentino*

J. L. G.

## Las vaquillonas feministas

**N**I la vaquillona rosilla ni la vaquillona colorada \* soportaban su condición. Andaban siempre disgustadas y alborotando a las demás con sus protestas.

—Somos una oprimidas —proclamaba la rosilla a diestra y siniestra—. Nadie nos considera, piensan que somos objetos sexuales y que sólo servimos para traer terneros al mundo. Esto tiene que terminar algún día.

Pero lo que más les molestaba a ambas era el trato recibido por dos bueyes, que compartían con ellas el mismo potrero. Pues todos los días venía un boyerito y se los llevaba hasta el casco de la estancia,

\* Vaquillas les dicen en Entre Ríos.

tras cuyo monte desaparecían hasta caer la tarde, cuando los traían de vuelta.

—¿No ven, chicas? —decía la colorada a las otras—. Eso es discriminación. A ellos los sacan a pasear y seguramente les dan forraje en las casas, mientras nadie se ocupa de nosotras.

En medio del potrero había un ombú y en el ombú vivía un chimango. Que, gracias a sus vuelos de observación, sabía cosas que otros no sabían. Y a quien las quejas de aquellas vaquillonas disconformes ya lo tenían aburrido. De modo que una mañana se le arrimó al boyero y le contó lo que pasaba, sugiriéndole un remedio para la situación. El muchacho se sonrió y aceptó la sugerencia.

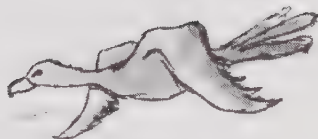
Al día siguiente, en vez de silbarle a los bueyes para llevárselos, les gritó a las vaquillonas:

—¡Eeeeeep, ustedes, la rosilla y la colorada... vengan para acá!

Se sorprendieron gratamente las aludidas y, rebotando satisfacción, tomaron el camino de las casas, contoneando las caderas y sueltas las ubres incipientes, con el boyero por detrás.

—Ves, yo te decía —susurró la rosilla a su compañera—. Alguna vez iban a terminar las discriminaciones machistas. Hemos logrado una conquista histórica.

Poco les duró la alegría a las vaquillonas. Porque, llegadas al casco, el boyero les colocó un yugo



G.  
97

y las ató al arado del que, habitualmente, tiraban los bueyes. Resultó inútil que mugieran y patearan, ya que no se les ahorraron palos ni picanazos hasta que, quieras que no, se afirmaron en el tiro y arrancaron, concertado el paso, para iniciar una dura jornada. Varias veces intentaron empacarse, pero debieron ponerse de nuevo en movimiento tras un chuzazo oportuno.

La jornada les pareció interminable y agotadora, pues la tierra estaba dura y mellado el filo de las rejas. Apenas si hicieron un alto a mediodía, para retomar el trabajo en pleno rigor de la siesta.

Cuando llegaron de vuelta al potrero estaban a la miseria, molidas, chorreando sudor, derrengadas, marcadas por los puazos de la picana. Los bueyes observaron su arribo disimulando la risa. El boyero y el chimango cambiaron una mirada cómplice. Y las vaquillonas dejaron de protestar contra la discriminación.

### *Moraleja*

*El buen orden natural,  
que preside la Creación,  
se funda en que cada cual  
asuma su condición.*



## Progreso

**S**E alzaba el tala cerca de la costa, en una lonja de buena tierra que lindaba con los médanos próximos al mar. Era un tala grande, puro tronco y raíces, desprendido del monte que comenzaba más lejos, campo adentro. Un bicho se arrima y le dice:

–Usté es un elemento retrógrado, siempre plantado ahí, con las raíces metidas en el suelo... Y lo que hay que hacer es ir para adelante, marchar hacia el futuro: lo que importa es el progreso.

–¿Y qué quiere que le haga, amigo? –contestó el tala–. Así nomás soy yo y no podría cambiar ni que quisiera.

–Eso es lo malo –machacó el bicho–. Hay que cambiar. Como sea pero hay que cambiar. La verdá

está en la renovación y el cambio, en ir para adelante.

—Sin embargo algunos servicios presto, a mi manera: con mis ramas secas prende fuego la familia del puestero, le doy sombra a la hacienda y reparo a los pájaros; además, mi presencia le evoca a la gente historias viejas.

—Eso es lo peor del caso: andar recordándole a los demás un pasado que hay que superar de una vez por todas. Es necesario construir un mundo nuevo, borrar definitivamente el pasado. De manera que usted es un elemento negativo y retardatario.

—Pero...

—Pero nada. Nadie debe oponerse al progreso, a la renovación y al cambio. Hay que ir para adelante.

Dicho esto, el cangrejo dio por terminada su admonición y echó a andar, alejándose.

### *Moraleja*

*Muchas veces el progreso  
significa un retroceso.*

## Según se mire

**C**HARLABAN el Picaflor y el Ñandú.

—¿Y usted cómo ve las cosas, don Ñandú?

—Con los tiempos que corren ¿cómo quiere que las vea? Más peor imposible. Todo negro veo, ni un rayito de luz por ningún lado, ninguna esperanza.

—No desagere, don Ñandú... Problemas hay, no se lo he de negar. Pero siempre los ha habido. Sin embargo, Tata Dios no se olvida de sus criaturas y el sol sigue saliendo cada mañana y después del invierno viene la primavera y siempre habrá flores en las plantas.

—Lo que pasa es que usted vive de chupar las flores y mientras tenga una ande ir a picar se arregla.

—No, no piense que soy tan interesado. Si basta con mirar los campos florecidos para que a uno se

le ensanche el corazón aunque no sea picaflor. Y tampoco son las flores lo único bueno que hay en el mundo.

–Ya le digo, don Pica, que sigo viendo todo negro.

–Y yo le digo que si pone un poco de atención hallará motivos para estar agradecido al cielo: la salud, la luz del sol, la familia suya y la familia mía, los amigos y el frescor del agua...

–Usted es un optimista incurable, pero le aseguro que el panorama se presenta completamente oscuro –insistió el ñandú, manteniendo la cabeza bajo tierra, metida en una cueva de peludo.

### *Moraleja*

*Ya lo dijo no sé quién  
(es un concepto pauliano)  
que en el caso del cristiano  
todo pasa para bien.*

*De modo que el optimismo  
y el candor no son lo mismo.*

## Los ratones y las estructuras

**L**AS estancias de trabajo se conocen por los corrales y los galpones. Cuando están bien acondicionados, póngale la firma que no es estancia de veraneo sino de trabajo.

Los corrales de esa estancia eran de primera, altos sus alambrados y tensos como cordaje de guitarra, con cabina y manga de lapacho. A los galpones daba gusto mirarlos.

Había en la estancia galpones nuevos, blanqueados a la cal, techados con chapas pintadas de verde. Pero más que los galpones nuevos llamaba la atención el galpón viejo.

Era uno de esos galpones construidos entre fines del siglo XIX y principios del XX. Alto, de dos pisos, ladrillo visto de máquina, techo de teja fran-

cesa montado sobre alfagías que, pese al paso de los años, seguían oliendo a resina. Un portón con la marca del establecimiento, encima del cual lucía una cabeza de caballo hecha en piedraparís. Hasta un guinche tenía al costado, para cargar y descargar los lienzos de lana que se almacenaban en la planta alta. Adentro, piso de lajas, una báscula inglesa de pilón, aroma de granos y de aperos lubricados con aceite de pata, una volanta jubilada que albergaba por la noche varias batarazas. Eso sí, al galpón viejo lo habían invadido los ratones.

Toda clase de recursos se intentaron inútilmente contra los invasores: gatos y trampas, hurones y ponzoña.

Había cuevas por doquier y los depredadores no perdonaban bolsas ni corrajes, semillas, mazorcas, lonjas ni corambre. Pero, no obstante su predominio absoluto en aquel ámbito donde hallaban sustento y cobijo, les molestaba a los ratones la estructura misma del galpón, cuyos nobles materiales limitaban el trazado y dimensión de sus madrigueras.

Sucedía en efecto que, permanentemente, al cavar pasadizos y galerías, tropezaban los roedores con la firmeza de un cimiento, con la solidez de los muros, con bases de las robustas columnas, viéndose obligados a variar la traza prevista para los túneles que constituían sus dominios, intrincados y sombríos. Así, contrariados, debían soslayar dichos obstáculos y acomodar las fantasías de sus proyectos comunitarios a la realidad concreta, que se ponía



G.  
97

de manifiesto en la fábrica del galpón. De modo que los ratones odiaban esas estructuras.

Y optaron por poner fin a tal situación. Luego de una asamblea multitudinaria, entre aclamaciones resolvieron liberarse de toda opresión y condicionamiento, atacando las estructuras que, según ellos, los sojuzgaban.

Royeron y derruyeron los ratones. Escarbaron, ahuecaron, subviertieron, desmantelaron. Trituraron y desmenuzaron. Innúmeros, grises, enconados y uniformes llevaron a cabo su tarea implacable. Hasta que, cierta tarde, en medio de gran estrépito y polvareda, el galpón se vino abajo. Se vino abajo, aplastando infinidad de ratones y dejando al resto sin sustento y sin albergue.

### *Moraleja*

*No falta quien se aplica con prolijo  
afán a demoler las estructuras  
—que considera rémoras oscuras—  
quedándose sin pan y sin cobijo.*



## Apuntar alto

**E**L abuelo –un paisano de bigote blanco, la cara arada por semejantes arrugas– le había hecho al nieto una honda. Una honda de ésas que en la ciudad llaman “gomerás”, armada con una horquetita, dos tiras cortadas de una cámara vieja y un cuero chico que, si al caso viene, puede ser la lengua de un zapato. Y practicaba el nieto con la honda, cosa de agarrarle la mano, haciendo puntería contra un tacho que había colocado a unos quince metros, metro más, metro menos.

Ni un hondazo le pegaba el chico a la lata. Se arrima el abuelo y le dice:

–Vea, m’hijo: para acertar, apunte más alto. Si le apunta justo siempre se va a quedar corto.

Calló el viejo, entrecerrados los ojos, medio como apagándosele el pucho en los labios. Y agregó al rato:

–Lo mismo pasa en la vida.

Preguntó el chico:

–¿Qué dice, abuelo?

–Nada. Ya entenderá con el tiempo.

### ***Moraleja***

*Aquel que no se plantea una meta levantada,  
ni alcanzará la meta ni ha de llegar a nada.*

## Tríptico revolucionario

### Libertad

En la isleta reinaba el León Barcino.

Conforme avanzó el cultivo del campo retrocedió la isleta, mermada su extensión según progresaba la de los sembrados, fueran cereal o pasturas. Allí estaba, sin embargo, en un bajo cuyo posible rinde no le justificaba al dueño meterse en gastos de desmonte. Igual que una isla justamente, era un pedazo de pampa bruta en medio de las hileras verdes, las espigas rumorosas o el discurrir del novillaje de invernada.

Se trataba de un montecito de talas viejos, puro tronco y poca hoja, partido por un zanjón que corría en épocas de lluvia y se cortaba en tiempo de seca. Crecían allí matas de pajabrava, trébol, vizna-

ga, hinojo, gramilla, algunos chamicos y uno que otro abrepuña. Bajo los árboles vivían cuises y vizcachas, ratones de distinta laya, comadreas coloradas y picasas, liebres y varios zorros, un culebrón verdinegro, lagartijas, una iguana, peludos, piches, mulitas. Arriba, en las ramas, cantaban calandrias y zorzales, charlaban las cotorras, dos horneros practicaban alfarería y los churrinches lucían sus divisas federales.

En la isleta, según se dijo, reinaba el León Barcino.

Era un león ya bichoco y gobernaba, cachazudo, sin pretender alterar las costumbres establecidas, aceptada su autoridad como un hecho natural e indiscutible. Pero, tal vez para recordar la efectiva vigencia de su mando o porque ello constituyera lo que llaman un halago del poder, había impuesto una ley que debía cumplirse a rajatabla. Cada día, al ponerse el sol, como quien arría una bandera, unánimes los bichos de la isleta debían gritar a coro: ¡viva el León Barcino!

La primera en rebelarse fue la Comadreja Picasa. Primero con disimulo, abiertamente después, cesó las aclamaciones prescriptas. Y, transformada en oposición, comenzó a moverle el piso al gobierno, reclamando libertad.

Se soliviantaron los animales pidiendo libertad a voz en cuello. Y dejaron de vivir al que mandaba. Algunos fueron arrestados. Pero al final aflojó

el León. Y después se murió, vaya uno a saber si de viejo o del disgusto.

Ante el vacío de poder, ausente aquel que investía la autoridad como un hecho natural e indiscutible, hubo votaciones en la isleta. Y, apoyada su candidatura por los ratones, las lagartijas, el culebrón y la sabandija chica, vino a resultar electa la Comadreja Picasa, iniciadora del movimiento liberador.

Cuando se hizo con el mando, advirtió la comadreja que no eran muchas las medidas que cabía dictar en favor de sus electores, viniendo así a comprobar que los problemas de los gobernantes suelen reducirse a dos clases: los que se arreglan solos y los que no tienen arreglo. Estableció una ley sin embargo. Una sola. Cada día, al ponerse el sol, unánimes los bichos de la isleta debían gritar a coro: ¡viva la Comadreja Picasa!

## **Igualdad**

Bastante retirado de las casas estaba el gallinero. Lo habían armado así nomás, con restos de alambre tejido, un colchón elástico hacía de tranquerita y las chapas amojosadas de un tanque australiano servían para reparo.

Las gallinas eran parejas, batarazas todas, igual que el gallo. De puro parecidas se quedaban cluecas para la misma época. Así que en el gallinero mu-

chos pollitos rompían el cascarón a la vez. De modo que había momentos en que allí se veían pichones por todas partes.

Ni se distinguía un pollito de otro. Amarillos todos al principio, después comenzaban a mostrar, encanutados, los primeros plumones. Viniendo a convertirse por fin en un lote numeroso y análogo, bataraz.

Pero un día ocurrió en el gallinero algo fuera de lo común. Imposible saber cuál fue ese día ya que, de entrada, nada indicó que algo fuera de lo común hubiera ocurrido. La legión de pollitos aparecía amarilla, un pichón igual a otro pichón. Sin embargo, entre ellos, había uno diferente. Según pudo notarse al tiempo. Cuando se mostraron, encanutados, los primeros plumones.

Y un pollito blanco se destacó, distinto, entre los demás, bataraces. Lindo el pollito, de buen porte, levantaba la cabeza al caminar y tenía las patas color maíz. Lindo el pollito, amable su carácter, comedido y bienhablado.

Con el paso de las semanas se hicieron más notorias las diferencias que había entre aquel pollito y el resto. Cualquiera que llegara al gallinero lo primero que miraría sería esa estrellita clara en medio del nublado que formaban los bataraces.

Una mañana el pollito blanco apareció muerto. Muerto de mala muerte, bárbaramente picado por los otros. Condolida, la gallina que lo criara se arri-



G.  
97

mó a un pichón bataraz –todavía con sangre en el pico–, preguntándole:

–¿Por qué le han hecho eso?

Mezquino, envidioso, igualitario y cruel respondió el bataraz:

–Por diferente nomás.

## **Fraternidad**

–Venga a confraternizar conmigo, hermano mío. Venga que le daré un abrazo –le dijo la lampalagua a un cordero.

Y, ante esa fraternal invitación, el cordero salió disparando como alma que lleva el diablo.



## Pasarse de vivo

**E**L tero había hecho su nido cerca del cañadón, al abrigo de unas matas de pajabrava.

Y el zorro andaba con ganas de comerse los pichones del tero, en cuanto rompieran el cascarón. El tero no lo ignoraba.

Una tarde, calculando que los teritos ya habrían salido del huevo, el zorro se fue a buscarlos. Desde lejos lo vió el tero y pensó:

–Voy a volar y hacer barullo lejos del nido, para que el zorro se confunda y lo busque donde no está.

Pero reflexionó de nuevo y cambió de idea.

–No –se dijo–. El zorro es muy vivo y sabe bien que el tero pega el grito en un lado y en otro pone los huevos. Así que haré barullo en el mismo lugar

en que está el nido y el zorro lo buscará en cualquier parte menos ahí.

Satisfecho el tero por su astucia, empezó a revolotear y chillar cerca del nido. Lo oyó el zorro y, zorro como era, dedujo:

—Al ver que me acercaba, el tero empezó a los gritos. Y todos sabemos que el tero en un lado pega el grito y en otro pone los huevos. Pero él sabe que yo lo sé. Así que ha de estar gritando cerquita del nido, para despistarme. Voy para allá.

Dicho y hecho. Hacia allí marchó, halló el nido y se comió los pichones. Más le hubiera valido al tero quedarse quieto, en vez de intentar ganarle en astucia al zorro.

### *Moraleja*

*Evitemos con máxima presteza  
competir con los vivos en viveza.*

## La chicharra y la hormiga

(Fábula trastrocada)

**L**A hormiga era, por cierto, laboriosa. Trabajaba en el rigor del verano, cortando tronquitos y hojas tiernas que llevaba al hormiguero, alimentando así la honguera del mismo que, a su vez, le vendría a servir más tarde de alimento, cuando llegara la escasez a remolque del invierno.

La chicharra, en cambio, se la pasaba cantando. El chirrido de sus canciones bajaba desde la copa del paraíso que la alojaba, mientras el oro fundido del sol calcinaba las horas de la siesta.

Agobiada por el peso de su carga, se detuvo un momento la hormiga y le gritó a la chicharra, con esa voz finita que tienen las hormigas:

—¡Che, chicharra! ¿Por qué no te ponés a trabajar, en vez de perder el tiempo cantando? Mirá que

va a venir el invierno y, si no has hecho una reserva de comida, te morirás de hambre. Aprendé de mí. Y desde ya te aviso: cuando andés necesitada, ni se te ocurra pedirme algo para echar al buche porque nada he de darte.

No le contestó la chicharra, dedicada por entero a su canto.

Llegó el invierno, la hormiga se encerró en el hormiguero y subsistió con el fruto de su trabajo. Entrada la primavera, salió de nuevo y recomenzó su tarea pensando:

—Seguro que la chicharra estiró la pata durante estos meses de frío. Y eso que le avisé. Que se embrome por vaga.

Pero, avanzada la estación, cierto mediodía la hormiga oyó con sorpresa el canto de la chicharra, que bajaba desde el follaje del paraíso.

—¡Che, chicharra! —le gritó—. ¿No te moriste vos?

—No —contestó la chicharra—. Me metí en un hueco del tronco, pasé el invierno adormecida y aquí estoy de nuevo.

—Pero esto es una inmoralidad —protestó la hormiga—. Una se mata trabajando mientras vos, en cambio, meta cantar todo el día. Y ni siquiera sufrís el castigo que merecés por tu vagancia.

—Estás errada, hormiga, pará la mano. Yo no soy vaga ni merezco que me castiguen. Mi trabajo es cantar. Y lo cumplo lo mejor posible, cantando fuer-

te y desafinando lo menos posible. Dios me ha criado para eso. ¿O te creés que en el mundo no tiene que haber algunos que canten?

### *Moraleja*

*El trabajo es un deber  
que rige sin excepción,  
pero cuál habrá de ser  
lo indica la vocación.*



## Extremismos

**L**A yarará dormía al sol, tendida cuan larga era.  
Pasó un carpincho, distraído, y sin querer le tocó la punta de la cola.

Se despertó la yarará sobresaltada, salvándose apenas el carpincho de su fatal picadura.

### *Moraleja*

*Los extremos no se tocan.*





## Quinteto ecológico

### Medio Ambiente

Estaba el hombre sentado frente a la entrada de su vivienda, en las afueras de la ciudad y mirando hacia ésta. Se dijo para sí:

Estuvo muy bien que prohibieran usar los incineradores de basura que había en los edificios de departamentos. Porque llenaban el cielo de hollín y deterioraban el medio ambiente. Claro que estuvo muy bien. Y también fue bueno que, más tarde, prohibieran quemar leña en las cocinas, en las parrillas, en el hogar de las chimeneas. Porque el humo ensucia la atmósfera y porque no se deben echar abajo los árboles para hacerlos astillas. También me gustó cuando prohibieron enterrar la basura y contaminar con ella el subsuelo. Aunque resultó me-

por todavía que terminaran prohibiendo utilizar el material plástico, que no es biodegradable. Y la madera en general, para proteger la flora. Y el petróleo, que no es un recurso renovable. Y los demás minerales, por la misma razón. Y las pieles de los animales salvajes. Y la carne de los domésticos. Y que impidieran perseguir a los mosquitos y a las cucarachas, para preservar el equilibrio ecológico. Todo eso estuvo muy bien, sí señor... Pero ya está refrescando.

Dicho lo cual se levantó el hombre y entró a su caverna.

## Flora

Llevada por el viento, la semilla germinó en una grieta de la gran autopista, allí donde ésta saltaba el río mediante un puente, cuya fábrica y diseño constituían un verdadero alarde de ingeniería vial.

De la semilla nació un árbol diminuto que, casi por milagro, llegó a levantar una cuarta del suelo, junto a la doble franja amarilla que dividía las bandas de circulación. Y eso fue casi un milagro porque el tráfico, vertiginoso, discurría a pocos centímetros de la plantita, sin que ningún vehículo la hubiera aplastado aún. Así subsistía, casi milagrosamente, cuando reparó en ella un miembro activo de cierta asociación que tenía por lema: *"save the trees"*.

La asociación se movilizó para defender el arbolito. Sus integrantes, provistos de banderas y pancartas, se sentaron en torno a él para protegerlo, provocando fenomenales atascamientos de tránsito. Llegaron las cámaras de televisión para registrar los sucesos. Que ganaron pronto lugar destacado en las páginas de los diarios, alcanzando difusión internacional. Aunque se trataba de un modesto álamo, alguien deslizó a su respecto que pertenecía a una especie en vías de extinción.

Presionadas por la opinión pública, las autoridades se vieron forzadas a inhabilitar el puente y construir otro, insumiendo la obra recursos ingentes. El esfuerzo fue enorme pero la plantita se salvó de ser aplastada por los neumáticos o asfixiada por el monóxido de carbono que emiten los motores a explosión. Lástima que, a los quince días de haberse inaugurado el nuevo puente, sin tierra suficiente para desarrollarse, el pequeño álamo empezó a languidecer y, finalmente, se secó.

## **Fauna**

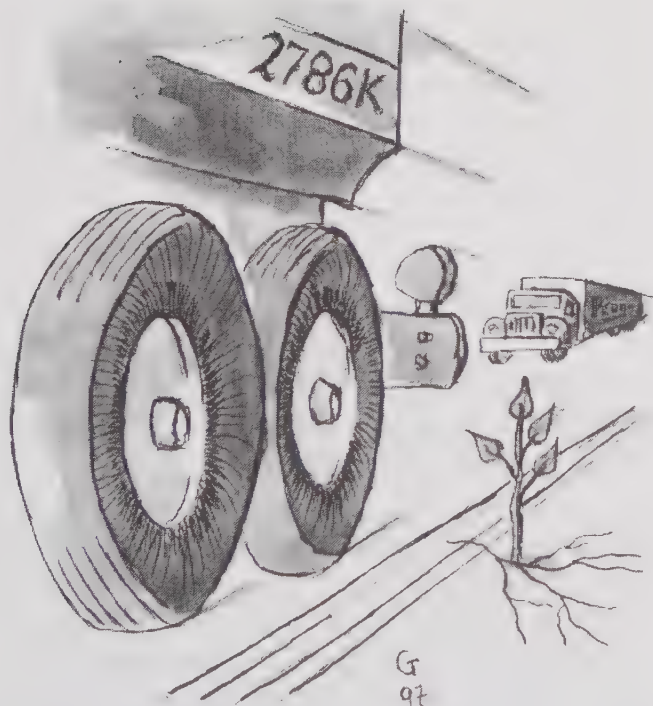
La mañana era espléndida y una nutrida concurrencia se había dado cita en el Jardín Zoológico. Las familias —padres con hijos de corta edad— recorrían el paseo, disfrutando del sol y observando los ejemplares encerrados en sus jaulas.

Predominaban los animales silvestres autóctonos, es decir guanacos, vicuñas, llamas y algún venado, liebres comunes y de la Patagonia, zorros, monos grandes y chicos, carpinchos, hurones, cuises y comadreas, lagartijas, iguanas y yacarés, culebras, yararás y lampalaguas, ñandúes, un par de cóndores, aguiluchos, bandurrias, patos y gallaretas, perdices coloradas y copetonas, chimangos, benteveos, tijeretas, zorzales, churrinches y picaflores. Hasta bichos de porte mínimo había allí, o sea escarabajos y cascarudos, vinchucas, gusanos, tábanos y jejenes... Sin faltar tampoco especímenes domésticos, tales como inmensos caballos percherones, tres vaquitas jersey, perros y gatos de raza.

Encerrados en sus jaulas, a través de las rejas, hombres, mujeres y chicos observaban con curiosidad tan variada concurrencia.

## **Polución sonora**

La calle principal de aquella localidad suburbana era decididamente ruidosa, pese a tratarse de una arteria peatonal. Pues, en efecto, atronaban a lo largo de ella repetidos altavoces, desde los cuales bajaba una riada de estridencias musicales, apenas interrumpida por avisos publicitarios estentóreos. Y tal situación se prolongaba a hora y a deshora, de modo que los avisos y la música aturdían permanentemente a los viandantes.



G  
97

Por iniciativa de un edil que, asumiendo una actitud resuelta, se decidió a erradicar tal forma de polución sonora, el municipio dispuso dismantelar la red de altavoces y un silencio amable se aposentó por fin en la calle principal de aquella localidad suburbana.

Un silencio amable se aposentó en la calle que, ahora, recorrían los peatones, abstraídos. Abstraídos, ensimismados, escuchando la música y los avisos publicitarios que, a todo volumen, llegaban a sus oídos a través de los auriculares de sus respectivos “*walkman*”.

## **Control demográfico**

Con recursos ilimitados a su alcance y disfrutando de una libertad sin restricciones, consideró el viejo su particular situación.

Es verdad que —pensó—, según las estadísticas confeccionadas por gente que decía conocer el problema, la tierra terminaría por quedarle chica a la humanidad. Y que llegaría un momento en que ya no tendría dónde meterse ni con qué alimentarse. Imponiéndose a raíz de eso, obligatoriamente, los planes aprobados por las Naciones Unidas para controlar la natalidad. Que incluían disolver anticonceptivos orales en las gaseosas de consumo masivo. Con lo cual tales planes alcanzaron un éxito rotundo. De manera que hoy sobra espacio en el mun-

do y los recursos abundan... Pero, debo reconocerlo, no soy feliz. Pues, al fin de cuentas, me produce cierta angustia saber que soy el último habitante de la tierra.





## La cruz enterrada

**E**STA historia me la contó, hace muchos años, Pedro Rodolfo, que trabajó con mi abuelo materno en su estancia Epu Lauquen y después lo hizo como camionero, viajando regularmente a Bahía Blanca, hasta terminar de chacarero en una fracción relativamente próxima al pueblo de Daireaux, provincia de Buenos Aires.

Ocurrió que, siendo Pedro chico, poco antes o poco después de estallar la primera guerra mundial, lo habían tomado como mensual en un establecimiento cercano a la localidad de Urdampilleta, conocida por la gente vieja de nuestra zona como Torrecita, partido de Bolívar. Y, cierta noche, se quedó en la matera, acompañando al encargado que, por una razón u otra, demoraba en irse a dormir.

En eso estaban cuando advirtieron, por la puerta abierta, una luz que brillaba entre unos árboles de durazno, los cuales formaban un pequeño monte no muy lejos de las casas. Era aquella una visión repetida, ya que frecuentemente aparecía la luz en el montecito. Pero, esa noche, el encargado resolvió establecer su origen, aclarando:

—Dicen que ande sale una luz hay plata. Vamos a ver si es cierto.

Relataba Pedro que su miedo infantil lo tironeaba en sentidos opuestos, pues no acompañar al encargado significaba tener que quedarse solo en la matera. Cosa que lo decidió a participar de la expedición.

Arribados al montecito pudieron observar que el resplandor surgía de la tierra, de entre las raíces de uno de los árboles, reflejándose arriba, en las copas. Era —precisaba el narrador— como la luz de los relojes despertadores, tenue y verdosa.

Situado con exactitud el lugar, clavó allí su cuchillo el encargado para señalarlo y emprendieron el regreso.

Al día siguiente marcharon ambos hacia el montecito, llevando una pala. Cavaron donde había quedado el cuchillo y, a cierta profundidad, golpeó aquella con algo duro. Así apareció un crucifijo grande, de plata, ennegrecida por el paso del tiempo.

—A esa cruz —aclaró Pedro, como para cerrar el relato—, la donó el encargado al hospital de Guaminí, porque allí lo habían atendido muy bien, una vuelta que lo tuvieron que internar. Y capaz que allí sigue todavía.

Hasta aquí el sucedido. Que bien puede transformarse en fábula, agregándole la siguiente

### *Moraleja*

*Todo el que busque la luz,  
podrá descubrir la cruz.*



## La Ley de Gravedad

**E**N una caldenada grande que había en Doblas, provincia de la Pampa, mandaba sin cortapisas el jabalí, ejerciendo una verdadera tiranía democrática. Porque las tiranías democráticas también existen. Sin alternativas, los demás animales lo votaban siempre. A regañadientes pero lo votaban. Contaba el jabalí con un parlamento dócil y si, no obstante ello, preveía que allí se le podía plantear alguna dificultad, llamaba a un plebiscito, que indefectiblemente le resultaba favorable, no animándose los legisladores a votar en otro sentido, de modo que el gobierno se salía con la suya. Para peor el jabalí era bastante bruto, aunque no carecía de olfato político. Y contaba con el asesoramiento de un escuerzo, astuto y obsecuente, que era su Jefe de Gabinete.

Un día caminaba el jabalí por sus dominios, acompañado por el escuerzo. Y, en una de esas, tropezó aquél con una tosca, cayó despatarrado y rodó hasta el fondo de un zanjón. Se levantó magullado y furioso.

Temeroso del malhumor de su jefe y sabiendo que, en esos casos, convenía cargarle a alguien la culpa de los sucesos que lo contrariaban, buscó el escuerzo un culpable, sin hallarlo.

Pero, de todos modos, llevado por la costumbre y para desviar el encono del jabalí, formuló una acusación genérica:

—Esto es culpa de la Ley de Gravedad —dijo.

—¿Cómo? —bramó el tirano.

—Sí, de la Ley de Gravedad.

—¿Y qué ley es esa?

—La que lo hizo caer. Si no fuera por ella, usted podría subirse al cerrito aquel y tirarse para abajo sin que le pasara nada —aclaró el escuerzo, señalando un montículo de pura piedra, una de cuyas laderas caía abruptamente para el lado del naciente.

—Pues yo haré derogar esa ley en mi República.

—No se puede, Excelencia.

—Ya veremos si no se puede —bramó el jabalí, que seguía furioso. Tan furioso seguía, que el escuerzo no se animó a llevarle la contra.



G.  
97



Primero se llamó a plebiscito, para que el pueblo expresara si estaba o no de acuerdo con la Ley de Gravedad, quedando previamente bien en claro que el gobierno no lo estaba. Y, tal como sucedía habitualmente, el pueblo respaldó la posición del gobierno. Con ese aval, el respectivo proyecto pasó al congreso que, a libro cerrado, aprobó que se derogara la ley. Feliz con el éxito obtenido, le dice el jabalí a su Jefe de Gabinete.

—Bueno, ya está abolida la ley que me hizo caer al zanjón. Ahora vamos para el cerrito.

—No, Excelencia, ni se le ocurra... —empezó a decir el escuerzo, demudado.

—¿Y por qué no se me ha de ocurrir? La Ley de Gravedad no rige ya en la República, de modo que me voy a tirar desde la punta del cerrito y no me pasará nada... ¿No fue eso lo que usted me explicó?

—Sí, está bien, eso dije... Pero mejor haga la prueba otro día.

—No hay motivo para esperar, vamos.

—Vea, Excelencia, justamente ahora tengo una reunión con el Embajador de Norteamérica.

—Bueno, si es con el Embajador de Norteamérica, no lo haga esperar. Iré solo nomás.

Subió el jabalí al cerrito, respiró hondo y, sonriendo, se tiró para abajo. Murió en el acto.



## *Moraleja*

*Cierto tipo de cosas son como son,  
sin que pueda alterarlas nuestra opinión.*

*Verdad hay una sola, nunca varía,  
aunque le vote en contra la mayoría.*



## Televisión

**A**QUEL insecto era empresario de TV. Poseedor de un canal famoso por lo zafado de sus programas, se había hecho inmensamente rico. Y, según sucede cuando alguien tiene mucha plata, no sólo era importante en el mundo de las comunicaciones sino que, además, opinaba con aplomo sobre cualquier tema. Se trataba, en resumen, de una personalidad influyente.

Una noche le estaban haciendo un reportaje para cierta publicación filosófica. A responder el cual se avino con toda soltura, aunque de filosofía no sabía ni medio. En una de esas el periodista se sintió obligado a preguntarle:

—Y dígame, señor ¿en base a qué pautas selecciona usted la programación de su canal? Porque,

no se lo he de negar, algunos elementos reaccionarios lo acusan de difundir pornografía.

—¡Qué barbaridad! —se indignó el insecto—. Es lamentable que aquí subsistan sujetos antisociales que todavía digan esas cosas. Lo cierto es que, para elegir los programas de mi canal, yo me baso en mis propias preferencias: le ofrezco al público lo mismo que me gusta a mí.

Había dicho la verdad el insecto, que era uno de esos escarabajos que viven en el estiércol.

### *Moraleja*

*Debemos evitar a toda costa  
—poniendo en el empeño gran cuidado—  
que algún escarabajo descarado  
nos contagie su gusto por la bosta.*

## Las borregas y los perros

**C**ERCA del límite entre Córdoba y San Luis había un establecimiento donde todavía se criaban ovejas. Aunque no era mayormente rentable, el patrón seguía con ese tipo de explotación, en parte por inercia, en parte porque le gustaba, en parte porque era amigo de la tradición y su padre también había criado ovejas. Tradicionalista, el hombre mantenía una buena cantidad de perros para cuidar la majada, por la sencilla razón de que, con ese fin, siempre habían tenido perros él, su padre y su abuelo. Pero las ovejas jóvenes no querían saber nada con los perros.

—Son unos represores —decían las borregas—. No respetan los Derechos Ovinos y forman una casta separada. Además, ya no tiene sentido contar con ellos, pues no existen hipótesis de conflicto.

Y, en apoyo de sus argumentos, las borregas señalaban que desde años atrás no se habían visto por allí pumas ni zorros. De modo que, obsesionadas con el tema, le empezaron a llenar la cabeza al patrón con sus reclamos, encaminados a que terminara con los perros.

Al principio el patrón no les llevó el apunte, pero las borregas insistían.

—Además de ser represores, de no respetar los Derechos Ovinos, de formar una casta separada y de no existir hipótesis de conflicto, producen gastos que pesan sobre la sociedad. Y no se trata tan solo de recortarles el presupuesto sino que hay que erradicarlos de aquí definitivamente.

No contentas con insistir, las borregas organizaron una verdadera campaña de opinión en la majada, logrando así que a sus reclamos se sumaron otros hasta aburrir al patrón. Que, cansado del asunto, finalmente se deshizo de los perros.

Desaparecidos sus guardianes, las borregas disfrutaron su triunfo durante cierto tiempo. Hasta que pasó lo que tenía que pasar. Sobrevino una quemazón grande en los montes y, disparando del fuego, las alimañas que en ellos tenían refugio volvieron a hacerse presentes en lugares por donde no aparecían desde hacía mucho. Ahí fue cuando las ovejas empezaron a echar de menos a quienes antes las defendían. Noche a noche, en efecto, distintas bestias carniceras se metían entre ellas, dejando el tendal.

## *Moraleja*

*Las armas son necesarias, pero nadie sabe cuándo.  
Y nunca debe faltar  
el que las sepa empuñar  
(aunque esto se esté olvidando).*





## La lección del búho \*

**N**O era mala la coneja. Al contrario, si vamos a ver. Quería a su marido y a sus tres hijos, en especial al mayor —el Beto—, simpático aunque medio tarambana y gastador, capaz de sacarle a su madre hasta lo que no tenía para pagarse sus diversiones.

No era mala la coneja, pero la campaña que las Naciones Unidas habían desatado contra la natalidad terminó por amodorrarle la conciencia y confundirle las ideas. Fue por culpa de eso que, al advertir que estaba embarazada otra vez, decidió abortar sin decirle ni palabra al marido.

\* Esta fábula se funda en una anécdota real, que tuvo por protagonista a cierto médico chino, católico ejemplar.

—Es una decisión personal —se dijo para sí la coneja, repitiendo como loro lo que leía en los diarios y oía por la TV—. Porque una tiene derecho sobre su cuerpo, la plata no sobra en casa y, al fin de cuentas, ya es hora de realizarse.

De modo que, poniendo por obra lo resuelto, se fue a verlo al ginecólogo para que la hiciera abortar.

El médico era un búho ya mayor, bondadoso, lleno de ciencia y experiencia. La hizo pasar a la coneja, tomándose todo el tiempo del mundo para escucharla pacientemente.

—Porque usted comprenderá, doctor —decía la coneja—. Una ya no está para estos trotes. Hay que contener la natalidad en un mundo superpoblado, no pagan más las asignaciones familiares y, con lo que gana mi marido, el dinero apenas si alcanza para ir de vacaciones a Miami.

La dejaba hablar el búho, cosa que la coneja se desfogara.

Desde el fondo de su sabiduría, de su experiencia, de su buen sentido y de su picardía la dejaba hablar el búho. Por fin le pregunta a la coneja:

—¿Así que usted quiere abortar por razones económicas?

—Ya se lo dije, doctor, los gastos son muchos y resulta un triunfo llegar a fin de mes.

—¿Y cuántos hijos me dijo que tiene?

—Tres. El mayor es el Beto, que tiene 16 años.



G.  
97

–Bueno, vea, yo no le voy a matar al chico que está esperando. Además, el pobre no está en condiciones de defenderse. Y, al fin de cuentas, la verdad es que no le ocasiona gastos. Pero, en cambio, para solucionar su problema, tráigamelo al Beto y se lo mato: es él el que le cuesta más plata...

–¡¡¿Cómo dice??!! –se sobresaltó la coneja, dando un respingo.

–Lo que oye: tráigamelo al Beto, se lo mato y arreglo su problema.

La lección del búho fue eficaz. Recapacitó la coneja, advirtió el contenido perverso de las campañas que impulsaban las Naciones Unidas y de tantas cosas que se repiten en los diarios, la radio y la TV. Hasta algunas lágrimas se le escaparon, al caer en la cuenta de la gravedad del paso que había pensado dar. Tuvo el hijo que esperaba, como Dios manda. Que trajo más alegría a su casa y ni siquiera ocasionó mayores trastornos económicos pues, como suele pasar, el nuevo hijo llegó con un pan abajo del brazo. O, para ser más preciso, con una zanahoria abajo de la pata.

### *Moraleja*

*El aborto será siempre asesinato,  
aunque digan lo contrario el Parlamento,  
los ministros de Salud, de Planeamiento,  
y las Naciones Unidas o la NATO.*

## Amigos \*

**S**E trataba de un profesor y tratadista en Ciencias Sociales, que resolvió pasar de la teoría a la práctica política, fundando un partido para terciar con él en las elecciones.

Secundado por varios amigos que compartían sus ideas y pese a no ser ducho en tales menesteres, admitió el hombre acudir a los procedimientos tenidos por eficaces para alcanzar éxito en el mar borrascoso del proselitismo electoral. Y, así, recibió a un “puntero” suburbano, traído por alguien para sumarlo a la causa. Experimentado el puntero y bisoño el profesor en esos lances, fue más o menos así el diálogo que mantuvieron entre ellos.

\* Como la anterior, también es ésta una historia real, que tuvo lugar cuando se estaba organizando el partido Unión Federal, allá por 1956.

–Bueno, doctor –terminó por ir al grano el visitante–, si le arrimo mi gente a su partido, usted va a tener que nombrarme un comisario amigo en la seccional del barrio.

Consideró el flamante político la solicitud y, procurando demostrar conocimiento en ese tipo de transacciones, admitió con aire cómplice:

–Claro que sí, délo por hecho. Un comisario comprensivo para solucionarles problemas a los correligionarios: copitas de más, infracciones a la Ley de Juegos, tal vez alguna visita al gallinero del vecino...

–No, doctor, no –interrumpió el puntero–. Los amigos se prueban en los homicidios.

### *Moraleja*

*Amigos: a las duras y maduras.*

*Pero, para probarlos, a las duras.*

## El puestero mentiroso

(Fábula trastrocada)

**E**N una gran estancia de la Patagonia había un puesto, más o menos próximo a un campamento de YPF. El puestero era muy mentiroso y, además, bromista. Tenía una puntita de ovejas propias, a las cuales dedicaba mucha más atención que a la majada de sus patrones. De modo que se la pasaba rondándolas, de a caballo, no fuera que pumas o zorros se comieran alguna.

Porque era mentiroso y bromista, para divertirse a costa de los obreros del campamento cada dos por tres gritaba:

—¡Socorro! ¡El león! ¡Se ha ganado el león entre las ovejas! ¡Auxilio, muchachos!

Corriendo venían los muchachos pero, al llegar, advertían que el puestero los había engañado y se mataba de risa a costillas de ellos.

Así una y otra vez. Hasta que por fin se presentó realmente un puma. Y el puestero gritó de nuevo:

—¡Auxilio! ¡El león! ¡Vengan a darme una mano!

Pese a que ya deberían estar escamados, los del campamento volvieron a acudir en ayuda del mentiroso. Y, gracias a su colaboración, el puma salió disparando, el puestero salvó su capital y empezó a prepararse para tomarles de nuevo el pelo a los muchachos en otra ocasión.

### *Moraleja*

*Nos debe suscitar fuerte recelo  
la actuación de políticos mendaces,  
que ocultan su intención con mil disfraces  
y terminan tomándonos el pelo.*



## El pichón de tordo

**L**A calandria era estéril, pobrecita. Y, con motivo de ello, prestó oídos a la propaganda que hacía un médico medio sinvergüenza, que se dedicaba a la manipulación genética. El cual no la llamaba así sino “fertilización asistida”, que queda mejor.

Se presentó la calandria en la clínica del médico, que siempre llevaba puesto el antifaz porque era un benteveo. Enterado del caso, el manipulador le sacó un montón de plata a la calandria, como anticipo de mayores pagos. Después practicó con su paciente las maniobras pertinentes y la despachó diciendo:

—Vaya nomás, doña, para la primavera va a tener usted una buena cantidad de pichones.

Salió muy contenta la calandria y, enseguida, le hizo conocer su situación a todo el mundo.

—Me costó mis buenos pesos —decía—, pero por suerte una es pudiente y está en condiciones de permitirse el gasto.

El tordo —torda, en realidad— que siempre anda buscando donde poner sus huevos sin tomarse el trabajo de hacer nido, paró la oreja y decidió sacar partido del asunto.

La calandria anidó y, llegado el momento, puso en efecto tres huevos. Medio cachuzos y descoloridos, pero huevos al fin de cuentas. La torda rondaba esperando su oportunidad. Y, al primer descuido de la calandria, agregó un huevo propio a los de ésta, que no reparó en el aumento de la nidada.

Llegó la primavera. Y, con la primavera, nacieron los pichones. Glotón y robusto el de la torda, entecos y medio arruinaditos los de la calandria. Quien pronto advirtió que era aquél un pichón ajeno, de tordo para más datos. Conocedora del proceder habitual de la torda y carcomida por las sospechas, encaró a ésta para exigirle explicaciones.

—¡Eh, usted! —le pegó el grito—. ¿Qué ha andado haciendo en mi nido?

—¿Yo? —respondió la interpelada, poniendo cara de inocente.

—Sí, usted. Entre mis pichones ha aparecido uno de tordo.



—No le extrañe, doña; según tengo entendido, usted recurrió a la fertilización asistida que le dicen. Y con el manoseo genético no se gana para sorpresas. Ni siquiera se sabe con seguridad quién es padre de quién ni cuál es hijo de cuál.

La calandria se quedó desconcertada y la torda se terminó por salir con la suya, pues consiguió que a su hijo se lo criaran gratis. Para peor, los de la calandria duraron poco, porque venían fallados.

### *Moraleja*

*Constituye una torpeza  
dejar que usurpe la ciencia  
el rol que la Providencia  
confió a la naturaleza.*

## La decepción del cuis

**L**A seca apretaba que daba miedo en las sierras del Lihué Calel y en la dilatada travesía que las circunda, entre El Carancho y La Japonesa. El Chadí Leufú –un río modesto, que a veces avanza tumultuoso y a veces queda reducido a un hilo de agua– se había cortado hacía rato, el fondo de la laguna Amarga mostraba sólo algunos charcos dispersos, en la Urré Lauquén no quedaba ni una gota y el Levalle era un espejo de salitre donde reverberaba el sol, implacable.

En cuanto a las sierras, si bien allí tardó en notarse la falta de lluvias, también la estaban padeciendo ya con todo su rigor. Ni un arroyo corría entre sus piedras coloradas, ni un atisbo de humedad mojaba los “lloraderos” del Cerro Alto y hasta el torrente Namuncurá apenas si mostraba algo de ver-

dín reseco pegado a los más profundo del cauce, allá en el socavón que forma al dar la vuelta, junto a un caldén grande y a un par de “sombras de toro”.

Ahogado por el ambiente asfixiante, un cuis buscaba agua desesperadamente. Hacía días que la buscaba sin éxito, torturado por la sed. Recorrió el curso de los zanjones, donde vierten las pendientes sus caudales estacionales. Cavó al pie de los chañares, que arraigan en lo más húmedo. Se arrimó a un jagüel fuera de servicio, hallándolo desmoronado. Sediento y angustiado andaba el cuis. Hasta que, en una de esas, observó un fulgor en el faldeo del Cerro de La Fortaleza.

Era mediodía, hora pródiga en brillazones y espejismos. De manera que puso especial atención en lo que veía, cosa de no dejarse engañar por sus sentidos. Y pudo confirmar así que aquello no era ilusión suya. Pues, sin dejar lugar a dudas, un corto tramo zigzagueante chispeaba al sol, entre dos piedras.

—¡Me salvé! —se dijo el cuis—. Por allí todavía corre un arroyito...

Encaró montaña arriba, esquivando las rocas mayores, resbalando en el pedregullo, sorteando las pencas. Hasta alcanzar un talud casi vertical, partido por una fractura en que se agostaban algunos helechos “doradilla”. Y descubrió que, desde lo alto de aquella fractura, siguiendo el recorrido de la grieta, un reguero de monedas reflejaba la luz cenital

del mediodía. Viejas monedas españolas, de plata, derramadas por una taleguita de cuero, deteriorada por la acción del tiempo y del clima.

Entre dos peñas había quedado encajada la talega, perdida allí vaya uno a saber cuándo ni por quién, y cuya presencia en el lugar no habría extrañado a la gente afincada de antiguo en esa zona pues, entre ella, nadie ignoraba ciertas historias, referidas a un tesoro escondido por los jesuitas en el Cerro de la Fortaleza.

—¡Maldición! —exclamó el cuis, decepcionado—. No es agua sino un asqueroso montón de patacones. Estoy perdido.

Y, efectivamente, perdido hubiera estado el cuis si no fuera porque, esa misma noche, un tormentón de verano se deshizo en lluvia sobre las sierras.

### *Moraleja*

*Aunque cueste admitirlo, es la verdad  
que el dinero no trae felicidad.*

*(Si bien nunca viene mal  
contar con un capital).*





## El rey de los negros

**D**ON Francisco Centurión era un criollo ejemplar. Alto, flaco, de tez muy oscura y bigote retinto, no había tarea de campo que no fuera capaz de llevar a cabo con exacta pericia. Jinete y pialador, sobaba el cuero crudo hasta conferirle la flexibilidad precisa, retejía botones y pasadores, trenzaba lazos. Buen tirador de winchester y revólver, se desempeñó durante casi una vida a las órdenes de mi padre. Sabía mandar, imponiéndose al personal por sola presencia. Yo aprendí a montar sentado en su recado y sujeto por su brazo firme. Además de todo ello, era un eximio narrador.

Los relatos de don Francisco se confunden en mi memoria con los más lejanos recuerdos de la infancia y, lamentablemente, no sabría repetirlos, salvo

uno. Puedo afirmar, no obstante, que solía contar la historia del “Mago Merlín y los pares de Francia”, mezclando términos propios de nuestra campaña con los de la saga medieval. Así, explicaba que Carlomagno “ató la espada a los tientos” antes de iniciar determinada cabalgata guerrera.

Pero señalé que puedo repetir aún uno de los relatos de don Francisco. Que no es el mejor de los suyos, ni mucho menos, pero que no he olvidado. Tal vez porque mi padre lo repitió alguna vez, siendo yo ya muchacho. Ese cuento se refería al Rey de los Negros y consistía en lo siguiente:

El Rey de los Negros recibió a cierto visitante y lo invitó a comer. Sentado en la cabecera, el Rey tenía a su lado un queso grande, del cual cortaba una tajada de vez en cuando, comiéndosela sin ofrecerle al invitado. Quien miraba el queso con ganas, mientras se le hacía agua la boca, pero sin animarse a pedirle una porción al Rey.

Resuelto a probar aquel manjar que no se le ofrecía, el visitante empezó a hablar hasta por los codos de los cambios que presentaba la situación del mundo. Afirmando repetidamente:

—Porque antes el mundo estaba así, pero ahora está así...

Y, para ilustrar sus expresiones, cada vez que decía esto acercaba el queso y lo daba vuelta, dejando el corte para su lado.

Sin dejarse embarullar por la charla del otro comensal y advertido de la maniobra, el Rey volvía a dar vuelta el queso y a colocarlo cerca suyo.

—Porque antes el mundo estaba así y ahora está así —insistía el invitado, dando vuelta el queso y arrimándose lo.

Hasta que, por fin, el Rey se cansó del juego. Tomó el queso con decisión, lo dio vuelta y dijo:

—Está bien, amigo. Las cosas serán como usted dice. Pero al mundo me lo deja como estaba.

Así contaba don Francisco la historia del Rey de los Negros. A la cual se le podría enancar esta

### *Moraleja*

*Cuando el ambiente es propicio,  
los redentores sociales  
piden cambios radicales  
(en su propio beneficio).*

*Y no falta quien critica  
cualquier modificación,  
por la sencilla razón  
de que a él lo perjudica.*



## El vizcachón relativista

**E**RA un vizcachón entrado en años, solemne y campanudo, que dragoneaba de filósofo y polígrafo aunque su formación intelectual dejara mucho que desear. Contaba en efecto con una cultura de autodidacta, alimentada por lecturas yuxtapuestas sin orden ni concierto, entre las cuales ocupaban lugar destacado alguna enciclopedia decimonónica, textos de Ingenieros y Almafuerte, un tomo de la Guía Michelin, las Bases de Alberdi y, como para estar al día, un par de artículos firmados por Savater. De vez en cuando, el vizcachón escribía una columna bastante abstrusa en el periódico local, cosa que le había reportado cierto prestigio entre sus ingenuos conciudadanos. En cuanto a su postura filosófica, era dogmáticamente relativista y objetivamente subjetivista.

Una tarde se hallaba el vizcachón sentado junto a la boca de su cueva, entre los palos secos y otros desechos que suelen aparecer al lado de las vizcacheras. Como hacía fresco, se había envuelto en un ponchito colorado.

Pasó un tucu-tucu medio pichón que, conoedor del prestigio que rodeaba al pensador lugareño y viéndolo desocupado, se le arrimó para conversar un rato y poder abreviar así en aquel pretendido pozo de ciencia. Halagado por ello, el vizcachón se avino a desplegar sus conocimientos ante el ocasional discípulo.

Ya llevaba un buen rato hablando el vizcachón y repitió con énfasis:

—Así es, mi joven amigo. No existen conceptos absolutos y cada cual es dueño de pensar lo que le parezca respecto a todo. La verdad, la realidad, no son otra cosa que aquello que opinamos de ellas.

—¿De veras? —preguntó admirado el tucu-tucu.

—Desde luego, joven.

En eso estaban cuando el tucu-tucu abrió tamaños ojos, se enderezó rápidamente y salió disparando. Lo cual, naturalmente, sobresaltó al vizcachón. Que, sin tiempo para reponerse, recibió desde atrás un golpe tremendo, volando por el aire hasta aterrizar, maltrecho, varios metros más lejos.

¿Qué había sucedido? Sencillamente que, desde el día anterior, pastoreaba en aquel potrero un toro



G.  
97

bravísimo. Y que ese toro, al ver el ponchito colorado, encaró a toda velocidad contra el vizcachón desparramándolo de un topetazo.

Pasado el peligro, se arrimó el tucu-tucu al descalabrado polígrafo. Que, entre ayes, le preguntó:

—Y usted, desaprensivo joven ¿no lo vio venir al toro?

—Claro —respondió el interrogado—. Por arriba de su hombro vi que se le venía encima como un tren.

—¿Y por qué no me avisó?

—Porque, según lo que usted me dijo, yo no podía saber si se trataba de un concepto subjetivo mío o de un toro embalado en toda la furia.

### *Moraleja*

*Cada cual puede opinar  
conforme mejor lo estima,  
pero al fin le va a pasar  
la realidad por encima.*



## Poseiones y pertenencias

**A**LGUIEN me contó este cuento, que transcribo porque lo estimo divertido, aunque admita que resulte un tanto forzada la moraleja que le añadido.

Cierta tarde bochornosa, en Santiago del Estero, dormitaba un santiagueño apoyado contra el tronco de un algarrobo, junto al camino. En una de esas abrió los ojos y vio que, por la huella polvorienta, bajo el sol de fuego, venía otro santiagueño. Que caminaba lentamente, con una guitarra en la mano derecha y una damajuana de vino en la izquierda.

Sobreponiéndose dificultosamente al sopor que lo invadía, el primer santiagueño le preguntó al segundo, cuando éste estuvo más cerca:

—¿Dónde es la farra?

Y, tomándose su tiempo, respondió el interpelado, conciso:

—No es farra, es mudanza.

### *Moraleja*

*Hay diversas existencias  
que transcurren angustiadas,  
pues están encadenadas  
a sus muchas pertenencias.*

## La avispa y el patrimonio público

**E**N lo alto de cierto lapacho corpulento había un camuatí. Bien hechito el camuatí, verdadera ciudad de cartón pletórica de miel morena, colgaba de una rama, balanceándose a impulsos del viento. Y, entre los habitantes del camuatí, se contaba una avispa muy partidaria de la iniciativa privada y de la libre empresa.

Los científicos llaman *polibia scutellaris* a la avispa que construye los camuatises, de modo que llamaremos Polibia a nuestra avispa privatista. La cual, consecuente con su modo de pensar, aunque vivía en el camuatí, obteniendo del mismo lo que necesitaba, se había fabricado su camuatí particular —pequeño, por cierto—, que colgaba de otra ramita del lapacho, almacenando en él su propia reserva de miel.

Una tarde se arrima un mangangá bastante goloso al camuaticito de Polibia y le dice:

—¿No me permitiría sacar un poco de miel, doña?

—Está loco —contestó la avispa—. Buen trabajo me ha dado juntarla. Ni por plata le permitiría sacar algo.

—Vea que puedo sacarla sin permiso —amenazó el mangangá, que era grandote y se las daba de pesado.

—Pruebe y ya va a ver cómo le va —se plantó Polibia, hecha un basilisco—. No pierda tiempo aquí. Vaya hasta el camuatí grande y sirvasé, por las buenas o por las malas. Total, esa miel es de todos y lo que es de todos no es de nadie.

Ante la decidida oposición de Polibia, el mangangá optó por dirigirse al camuatí grande, dispuesto a salirse con la suya.

### *Moraleja*

*Con razón habló Marechal  
del “indefenso oro fiscal”.*



G.  
97



## Las enseñanzas del tiempo

**C**UANDO mencionamos el tiempo podemos estar hablando del que transcurre minuto a minuto o de cómo se presenta el día, frío o caluroso, húmedo o seco, radiante o nublado. Es al tiempo en este último sentido al que me quiero referir aquí. Al tiempo en su acepción climática y a ciertas características de sus mudanzas, tantas veces impredecibles.

Si usted, lector, ha vivido en el campo, habrá podido comprobar que, cuando está de seca, parece que nunca más volverá a llover; y cuando, por lo contrario, se le da por llover, es como si jamás fuera a escampar de nuevo.

Las sequías prolongadas son terribles. Y peores todavía si acaecen en verano. Poco a poco los potrerros van amarilleando, se agostan los sembrados, em-

pieza a volar la tierra. Yo he visto hacerse noche en pleno mediodía a consecuencia de las polvaredas, que en mi zona llamaban *polvaderas*. Desaparecen charcos y lagunas, mostrando éstas su fondo cuarteado con reminiscencias lunares. Los animales ambulan como sonámbulos, en busca de algún manchón de sombra hospitalaria. Y hasta los cristianos se tornan taciturnos y miran hacia el poniente, con esperanza siempre frustrada.

Porque ocurre que allí, donde se encuentra la matriz de las tormentas, el sol se pondrá indefectiblemente tras un horizonte limpio de nubes. Y, si por acaso se arma tormenta, termina por deshilarse antes de llegar o pasa de largo, sin dejar una gota.

Pero lo peor del caso consiste, como he dicho, en que tendremos la impresión de que nunca volverá a llover. Se le ocurre a uno que el clima se ha cristalizado, adquiriendo características definitivas.

Hasta que, por fin, madurará una tormenta, se nublará la tarde y, rodando sobre la llanura sedienta, avanzará el fragor artillero de los truenos. Y, precedida por el aroma incomparable de la tierra mojada –deliciosa fragancia rural– llegará la lluvia. Que el campo beberá con mil bocas sedientas.

Cuando viene llovedor, todo chorrea agua. No hay nube que pase sin dejar su chaparrón. Si es que no se trata de un temporal de esos que hilvanan semanas de aguaceros y garúas, tamborileando incan-



sablemente su módico redoble sobre los techos de zinc.

Si así se dan las cosas, veremos la hacienda dando el anca a la dirección del viento, gacha la cabeza, hundidos los garrones en el barro. Intransitables los caminos de tierra, en que las huellas pasan a ser arroyos chirles. Gris el cielo, gris el horizonte muy cercano, grises los montes vecinos, grises las cortinas de agua, cayendo oblícuas. Y todos, gente y animales, deseando que al menos un rayo de sol baje de lo alto, para animar el panorama gris.

Pero no habrá caso, seguirá lloviendo. Como si nunca más fuera a parar. Amanecerá con lluvia y con lluvia ha de atardecer. Atardecerá con lluvia y con lluvia ha de amanecer. Parece que nunca habrá de componer. Aunque el dicho afirme que siempre que llovió paró.

Pero, por último, una luminosidad indecisa alumbrará un sector del cielo, se desgarrará el nublado y un sol dubitativo pintará de colores parte del campo, encendiendo las gotas asentadas en los yuyos o colgadas de las ramas. El soplo del pampero arreará las nubes y terminará por escampar decididamente.

Esto es lo que pasa con el tiempo. Y algo parecido pasa con algunas situaciones de la vida, en general, y de la política en particular. Pues llega a parecer que se han instalado definitivamente, que jamás habrán de variar. Hasta que, medio porque sí

nomás, a raíz de contingencias nimias, cuyas consecuencias últimas nadie pudo imaginar, las cosas comienzan a tomar un sesgo imprevisto, se precipitan los acontecimientos y, de la noche a la mañana, aquello que aparentaba ser eterno cambia de golpe, para bien o para mal, dando lugar a contingencias diferentes —opuestas, incluso— a las que se presentaban hasta entonces. Como cuando se corta la seca o escampa después de un temporal.

## Mentiras

**L**A araña —una epeira gris, muy fea de ver—, había tejido su tela en el horcón que formaban dos ramas grandes de un pacará.

Se trataba de una araña glotona, ambiciosa y cruel. Por eso, en vez de conformarse con cazar en su tela los bichos suficientes para alimentarse como cualquier otra araña, se afanaba porque fueran muchos los que caían en ella. Pues, así, satisfacía su glotonería devorando la gran cantidad que atrapaba; satisfacía su ambición, al sentirse dueña y señora del destino de sus víctimas; y, por último, satisfacía su crueldad exterminándolas.

Y, para lograr tales satisfacciones, la epeira aumentaba sin descanso el tamaño de la tela, complicando cada vez más su diseño. De modo que aquella trama cubría ya un gran sector triangular del

horcón y, día a día, se volvía más enmarañada la red de sus hilos.

Volaba la araña de una rama a otra, suspendida de la hebra plateada que iba segregando. Formaba con esa hebra dibujos intrincados, bordando figuras extrañísimas, casi alucinantes. Hasta llegar a formar algo que parecía un inmenso tapiz bosquejado por algún pintor delirante, que flotaba como un girón de niebla entre el follaje del pacará, mecido por la brisa.

Pero tanto aumentó la araña el tamaño de su tela y tanto llegó a complicarla que, cierta tarde, mientras viajaba sostenida por uno de sus hilos, se enredó también en ella, tal como se habían enredado antes los innumerables bichos que devorara.

Tranquila al principio, trató de zafar sin éxito. En cuanto lograba liberar una pata, se le enredaba otra. De modo que empezó a perder la serenidad, a agitarse, a desesperarse. Cuanto más se agitaba, más grande se hacía el embrollo en que se veía aprisionada. Y cuanto más se desesperaba, menos atinaba con las maniobras necesarias para soltarse. Hasta que terminó envuelta en una madeja imposible de deshacer, viniendo a transformarse en el carozo angustiado de un ovillo blancuzco y pegajoso que ocupaba el centro de la tela, apenas estremecida por los esfuerzos finales que realizó la araña, antes de quedar definitivamente inmóvil.

Varios bichos observaron el suceso, sin hacer nada por ayudar a su implacable enemiga en aquel

duro trance. Y, cuando todo hubo concluido, una luciérnaga que lo había presenciado voló para contarle la noticia al mamboretá.

Su oficio de predicador le había reportado general consideración al mamboretá y fue por esa razón que la luciérnaga consideró oportuno informarle sin demora lo ocurrido. Escuchó aquél con atención, meditó un momento y, levantando una de sus patas delanteras con ademán retórico, sentenció:

—A la araña le ha pasado lo mismo que le pasa a los mentirosos.

Y tenía razón el mamboretá.

### *Moraleja*

*El mentiroso teje tan confusas marañas,  
que termina enredado en sus propias patrañas.*

*(Aunque no resulte extraño  
que antes cause mucho daño).*



## La yapa

### El dueño de la verdad

(Entremés breve, con sus más y sus menos)

#### ACTO ÚNICO

*El escenario puede ser decorado a gusto o carecer de toda decoración; sólo es preciso que en su centro haya un disco grande, de color negro, colgado o apoyado contra algo. A la izquierda del espectador, de pie, está el bastonero o maestro de ceremonias. A la derecha, un grupo heterogéneo de unas siete personas, sentadas en el piso. Se abre el telón.*

BASTONERO (*dirigiéndose al público*). —Hermanos: la sociedad me ha designado para llevar a cabo una sencilla comprobación que, simultáneamente, se está realizando en distintos lugares del planeta, con el fin de verificar si la comunidad se aproxima al punto de madurez necesario para gozar de una felicidad plena, acorde con la evo-

lución de los tiempos. (*Se dirige ahora al grupo de personas sentadas.*) En cuanto a ustedes, fueron seleccionados electrónicamente como representantes idóneos de la opinión media en el área bajo observación y, según lo determinan las pautas aceptadas en materia de sondeos y encuestas, la proyección de los resultados que hoy obtengamos aquí demostrará con certeza absoluta el nivel de evolución alcanzado por los pobladores de toda la macro-región en que nos hallamos... ¿Han comprendido bien?

(*Se eleva un murmullo ratificatorio.*)

BASTONERO (dirigiéndose a uno cualquiera de los personajes sentadas). —A ver, usted, el de campera verde... Adelántese, por favor.

(*Se adelanta el aludido.*)

BASTONERO. —¿Cómo se llama usted?

PERSONAJE 1. —Pepe.

BASTONERO. —Dígame, ¿ve este círculo, Pepe? (*Señala el círculo negro.*)

PERSONAJE 1. —Sí, señor.

BASTONERO. —Pepe, puede tutearme y llamarme hermano. Yo te voy a tutear desde ahora.

PERSONAJE 1. —Bueno, hermano.

BASTONERO. —Vayamos a la prueba, Pepe... ¿De qué color es el círculo que estás viendo?



PERSONAJE 1. –Negro.

BASTONERO (*se lleva las manos a la cabeza, horrorizado. Retrocede como si hubiera topado con Mandinga*). –¡Nó, Pepe, nó! Pensá un poco. Recordá los mensajes del Supremo Coordinador. Acordate de lo que dicen la radio y la TV. ¿Vos no leés los diarios? Hermano Pepe: en los Neotiempos no hay nada negro, todo es blanco. Lo negro pertenece al pasado, a la Edad Oscura. Hoy todo es blanco, Pepe. Haceme el servicio, mirá de nuevo y decíme qué ves.

PERSONAJE 1. (*Mira*)

BASTONERO. –¿Y? ¿Ya miraste? ¿De qué color es el círculo?

PERSONAJE 1. –Y... yo lo veo negro.

BASTONERO (*vacila, se queda perplejo, luego va montando en cólera*). –Pepe, escuchame (*el tono pasa a ser amenazante*), escuchame bien: ese círculo, que representa al mundo, no es negro. Ese círculo es blanco. Debe ser blanco, completamente blanco... ¿Entendés?

PERSONAJE 1. –Entiendo.

BASTONERO. –Ya que entendés, te daré otra oportunidad... ¿De qué color es el círculo que tenés delante?

PERSONAJE 1 (*atemorizado, encogido*). –Perdoname, hermano... Yo... yo lo sigo viendo negro...

BASTONERO. —¿Pero qué te creés vos? Decime ¿quién te creés? ¿El dueño de la verdad? ... Todos sabemos que la verdad no tiene dueños. Sos un inadaptado, un antisocial, un reaccionario. Parece mentira que todavía haya gente así... Pero, en fin, hay que seguir con la prueba. Y vos te quedás ahí, calladito (*indica un lugar, más a la izquierda del espectador*). Que pase el próximo... Aquel, el de lentes...

(*Se levanta el de lentes y se sitúa frente al círculo negro.*)

BASTONERO. —¿Cómo te llamás?

PERSONAJE 2. —Tito.

BASTONERO. —Decime, Tito: ¿de qué color es el círculo que estás viendo?

PERSONAJE 2. —Blanco.

BASTONERO. —¡Muy bien, Tito! ¡Así me gusta, hermano! Acertaste: ese círculo es blanco, blanco como la felicidad, blanco como la Fraternidad Universal, blanco como nuestra Moral-sin-Dogmas, blanco como el Supremo Coordinador. Ahora todo es blanco, ya lo dicen la TV, la radio, los diarios. ¡Felicitaciones, Tito!... Que pase otro.

(*Uno a uno van pasando todos los que aparecían sentados. Se paran sucesivamente ante el círculo negro y, al ser preguntados sobre el color de éste, responden "blanco" y vuelven a su lugar, felicitados por el bastonero.*)

*Concluida la ronda, queda el grupo recompuesto, a la derecha; al medio, el bastonero; Pepe, a la izquierda del espectador, solo.)*

BASTONERO (*dirigiéndose al grupo sentado a la derecha*). —¡Excelente, hermanos! La prueba ha resultado casi completamente satisfactoria. Apenas si fue empañada por la actitud de este otro hermano nuestro, que insiste en considerarse dueño de la verdad. Que insiste en contrariar la opinión de la mayoría, cuando nadie ignora que la mayoría jamás se equivoca. De acuerdo con la legislación vigente ¿qué corresponde hacer con nuestro hermano recalcitrante?

TODOS, *menos Pepe*. —Persuadirlo.

BASTONERO. —¿Y si se empeña en no dejarse persuadir?

TODOS. —Internarlo en el INCEDERECO.

BASTONERO. —¿Saben qué quiere decir INCEDERECO?

TODOS. —Instituto Central de Reinserción Comunitaria.

BASTONERO. —Perfecto, conocen ustedes las leyes. Pero, siempre de acuerdo con ellas, debemos dar al relapso una última posibilidad de redimirse. (*Dirigiéndose al relapso, lo llama.*) ¡Pepe!

PERSONAJE 1. —Oigo.

BASTONERO. –La sociedad te concede una oportunidad final, hermano. Colocate de nuevo frente al círculo, miralo bien y decime de qué color es.

*(Pepe se coloca frente al disco negro y lo mira. Hay expectación.)*

BASTONERO. –Bueno, Pepe... ¿de qué color es el círculo?

PERSONAJE 1. –Blanco.

*Alborozo en el escenario. Todos abrazan a Pepe y se abrazan entre sí. Hay vítores y gritos de júbilo, que se mezclan con una música rock cuyo volumen crece hasta ensordecer. Los integrantes del grupo empiezan a bailar, contorsionándose y batiendo palmas, salvo Pepe que, inmóvil, abstraído, sigue mirando fijamente el círculo negro. Baja el*

TELÓN

## Índice

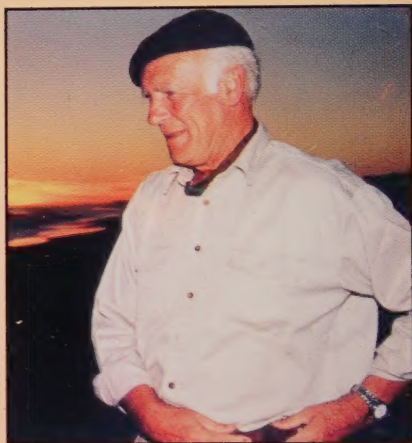
Las vaquillonas feministas .....	7
Progreso .....	11
Según se mire .....	13
Los ratones y las estructuras .....	15
Apuntar alto .....	19
Tríptico revolucionario .....	21
Libertad .....	21
Igualdad .....	23
Fraternidad .....	26
Pasarse de vivo .....	27
La chicharra y la hormiga .....	29
Extremismos .....	33
Quinteto ecológico .....	35
Medio ambiente .....	35
Flora .....	36
Fauna .....	37
Polución sonora .....	38
Control demográfico .....	40

La cruz enterrada .....	43
La Ley de Gravedad .....	47
Televisión .....	53
Las borregas y los perros .....	55
La lección del búho .....	59
Amigos .....	63
El puestero mentiroso .....	65
El pichón de tordo .....	67
La decepción del cuis .....	71
El rey de los negros .....	75
El vizcachón relativista .....	79
Posesiones y pertenencias .....	83
La avispa y el patrimonio público .....	85
Las enseñanzas del tiempo .....	89
Mentiras .....	93
<i>La yapa</i> .....	
El dueño de la verdad .....	97



**J**UAN Luis Gallardo nació en Buenos Aires, a fin de 1934. Abogado, ejerció su profesión por cuenta propia, actuando asimismo en el medio asegurador y en la administración pública.

Dirigió la editorial ECA y, en virtud de tal cargo, la Revista Nacional de Cultura. Actualmente es Director de EDUCA (Ediciones de la Universidad Católica Argentina) y Director Ejecutivo de la Revista de la Escuela de Guerra Naval.



El autor. Foto realizada por Agnes Gallardo de Bosch.

Columnista en *La Prensa*, *La Nueva Provincia* y la revista *Confirmado*, colabora esporádicamente en *La Nación*. Profesor adjunto de Historia Política, Social y Económica en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina y Profesor Extraordinario Visitante en la Universidad FASTA. Ha escrito más de veinte libros, que incluyen novelas, cuentos, poesía y algunas biografías.

Una novela suya fue finalista del Premio Strega República Argentina (1976). Obtuvo la Cruz de Plata Esquiú (1982); Primera Mención de Honor en el Concurso Periodístico Hispanoamericano, organizado con motivo de cumplirse el bicentenario del nacimiento del general Güemes (1985); el Premio Santa Clara de Asís (1985) y las Alas de la Aviación Naval (1991). Su *Historia Sagrada para chicos argentinos* recibió un premio especial de la Secretaría de Cultura de la Nación, entregado en acto público (1995).

Conferenciante, integró asimismo varios jurados, entre ellos el que discrierne el Premio Municipal de Literatura; la Faja de Honor Leonardo Castellani y el Premio ADEPA. Es miembro de número de la Academia del Plata.